

El hombre *que no lee* libros

Alejandro Toledo



Es un hecho que la preeminencia de la imagen y lo visual sobre la letra, el texto, hasta el surgimiento de internet y el creciente acceso a éste impacta de manera decisiva en la cotidianidad de las personas, afectando hábitos y tendencias de tipo educativo, psicológico y social. La pregunta es en qué medida y cuáles son las consecuencias de dicho impacto. En el siguiente artículo, Alejandro Toledo elabora una serie de supuestos sobre el presente y futuro de los libros e internet y que, basados en emblemáticos acontecimientos literarios ficticios, esbozan los desafíos en la materia para la presente y futuras generaciones.

Un prodigioso comercial televisivo pintaba en 2005, más o menos, el panorama siguiente: para acceder al conocimiento y a la información, antes era necesario tener en casa incómodas bibliotecas; ahora internet vuelve obsoleto ese paisaje hogareño.

Adiós, entonces, a los libros. Quien aún tenga algunos volúmenes podría conservar un par como reliquia de otros tiempos (una *Biblia*, tal vez; y un *Don Quijote*, acaso), y los demás llevarlos a librerías de viejo, en donde recibirá alguna cantidad modesta a invertir en el enganche de la computadora... porque sin computadora no hay internet.

O si se quiere ser espectacular, podría quemar esos ladrillos de papel comprados décadas atrás o recibidos como herencia (cuando se creía que eran valiosos): hacer, entre vecinos, una fogata como despedida de la letra impresa,

un poco a la manera de *Fahrenheit 451* (1953), de Ray Bradbury, esa novelita de ciencia-ficción leída en el siglo pasado, en la antigüedad, y cuyo destino inevitable será el fuego.

Quien lo hiciera, sentiría con el personaje de Bradbury ese placer especial de ver las cosas consumidas, la sangre le palparía en la cabeza y sus manos serían las de “un fantástico director tocando todas las sinfonías del fuego y de las llamas para destruir los guñapos y las ruinas de la Historia”. Y exclamaría, con el bombero Guy Montag: “¡Es estupendo quemar!”

No obstante, el gobierno del Distrito Federal debería otorgar un permiso especial para las fogatas, por el riesgo de que provoquen un panorama neblinoso (o humoso) similar al de la Navidad o el año nuevo... Pero como se trata de quemar libros, la Asamblea (en esta realidad próxima futura, formada en su mayoría por políticos derechistas y empresarios, pues la izquierda habría sido desaforada) aprobaría por unanimidad esa ceremonia en la que se daría muerte al pasado para recibir en pleno a la modernidad. Habría programas de sustitución de bibliotecas por salas cibernéticas. A los pocos editores que se obstinaran en seguir arrojando libros al mundo (¡si ya tenemos internet!), se les aplicarían impuestos sobre impuestos; y estaría penado, claro, hacer papel con madera o similares, por el daño ecológico que ello representa.

Se quemaría por lotes de géneros (historia, crítica literaria, novela, poesía, ciencias sociales, física) o autores, como en *Fahrenheit 451*, donde el lunes se incinera a Millay, el miércoles a Whitman y el viernes a Faulkner. Podría dedicarse el martes a Rulfo, el jueves a Paz, el sábado a Fuentes... Y el domingo a nadie, pues se descansa.

¡Para qué tener libros en casa si ya existe internet! Es una certeza simple, y hasta parece revestida de inocencia. Al vuelo, revira alguien: ¡para qué quiero internet si tengo libros en casa! La trampa, en tal caso, está en el carácter excluyente de ambas sentencias, y del pensamiento que viene detrás, como si una

cosa tuviera que sustituir necesariamente a la otra, como si el plástico hubiera reemplazado a la tela, la pluma al lápiz, la televisión a la radio y aquella al cine, etcétera.

En España a la computadora le llaman ordenador porque es eso, una herramienta que sirve para tener ordenadas ciertas cosas de la vida. En minutos se tiene acceso a datos que, de otro modo, tardaría uno semanas o meses en obtener. Hasta ahí en cuanto a sus virtudes. Pero cansa leer en un monitor, que es una fuente luminosa directa; leer toda una novela, el mismo *Don Quijote*, por ejemplo, dejaría al que lo intente no solamente loco de imaginación sino también ciego de ventanas. Y podrían ocurrir innúmeros accidentes (se va la luz, se dañan el *hardware* o el *software* por un virus), por lo que eso que creía tenerse en la pantalla se desvanece, como si nunca hubiera existido, para tornarse de veras virtual.

Para que la computadora sustituya al libro habría que mejorarla muchísimo: que no fuera un aparato sujeto a accidentes mecánicos; que en lugar de pantalla tuviera hojas de papel fijas, conservables... Habría que convertir a las computadoras, pues, en libros. Y vuelta a empezar.

Qué curioso: casi puntualmente la realidad se ha ido pareciendo a la ciencia-ficción, sobre todo a aquellas novelas que se escribieron entre los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Ahí está George Orwell con *1984* (1949), y la trivialización actual de la imagen del Gran Hermano; ahí está Ray Bradbury y *Fahrenheit 451*, en donde el autor imagina un tiempo en el que los monitores sustituyen a los libros en los hogares y las universidades se olvidan de las carreras de “humanidades” para dar preferencia a lo técnico, como parte de un mismo impulso: forjar mano de obra, no mentes críticas.

Se pregunta Guy Montag, el personaje de Bradbury: “¿Por qué aprender algo, excepto apretar botones, enchufar conmutadores, encajar tornillos y tuercas?” De momento no tiene

respuestas, pero está ya en el proceso de encontrarlas. También se dirá más adelante: “¿Por qué he de leer yo? ¿Para qué?” Y llegará a una conclusión parcial: “Quizá los libros puedan sacarnos a medias del agujero. Tal vez *podieran* impedirnos que cometiéramos los mismos funestos errores”.

El jefe de Montag en la estación de bomberos (cuando esa actividad se dedica no a apagar incendios sino a la quema de libros), de apellido Beatty, le describe un mundo que puede ser también éste en el que ya vivimos: “Dale a la gente concursos que puedan ganar recordando la letra de las canciones más populares, o los nombres de las capitales de Estado, o cuánto maíz produjo Iowa el año pasado. Atibórralo de datos no combustibles, lánzales encima tantos ‘hechos’ que se sientan abrumados, pero totalmente al día en cuanto a información. Entonces tendrán la sensación de que piensan, tendrán la impresión de que se mueven sin moverse”.

Esto es acaso internet: un medio que parece contenerlo todo, que parece decirlo todo, aunque de modo virtual, y nos hace sentir como casi obsoleta esa pieza de museo que empieza a ser ya el libro, y uno de cuyos valores está, como aprenderá luego el mismo Montag, en su consistencia física, en que tiene poros y facciones: no una imagen en el monitor sino signos impresos en una página blanca.

En *Fahrenheit 451* hay televisores de cuatro paredes en los que se interactúa con “familia” o “parientes” irreales. No hay en las casas espacios de silencio y reflexión. En los transportes colectivos se escuchan tonadas simples y persistentes, que son anuncios publicitarios y no dejan que la mente divague. Los automóviles tienen velocidades mínimas de 80 kilómetros por hora, pues la prisa es regla social básica... La “cegada prisa”, lo llamará, en su “Defensa de la lectura”, el poeta español Pedro Salinas, en un tomo aparecido un año después que la novela de Bradbury *—El defensor* (1954)—, afín en cuanto a sus inquietudes con la ficción científica y donde entre otras cosas se discute el agobio del tiempo o la falta de tiempo que dice padecer el individuo contemporáneo.

En la novela se somete a los libros a procesos de reducción severos antes de llevarlos a los 451 grados Fahrenheit: *Hamlet*, de William Shakespeare se vuelve, primero, una cuartilla, luego un párrafo, y termina siendo la ficha de dos líneas en un tomo único. Eso será lo que quede al fin de la pieza dramática. En el ensayo, se ríe Pedro Salinas de la existencia de un *Don Quijote* de diez minutos, y cita las serias conclusiones de un proyecto realizado por un grupo de notables catedráticos de la Universidad de Harvard, quienes aseguraban que “se necesitan versiones de las grandes obras limpias de dificultades innecesarias e infructuosas, y que merced a una obra de resumen y refactura se hagan más accesibles a los lectores”.

El futuro no era, entonces, el ámbito de *Fahrenheit 451*; lo era también su presente, en la ceguera de esos catedráticos citados por Pedro Salinas que, por reflejo, en la novela terminarán refugiándose en los bosques, sin empleo y lejos de las ciudades, dedicados a preservar cada uno en su memoria alguna obra de su especialidad. Al huir de la “civilización”, Montag los hallará como vagabundos. “Yo soy *La República* de Platón”, dice uno, que identifica enseguida a los demás: “Quiero presentarle a Jonathan Swift, el autor de ese malicioso libro político, *Los viajes de Gulliver*. Y este otro sujeto es Charles Darwin, y aquél es Schopenhauer, y aquél, Einstein, y el que está junto a mí es Mr. Albert Schweitzer, un filósofo muy agradable, desde luego. Aquí estamos todos, Montag: Aristófanes, Mahatma Gandhi, Gautama Buda, Confucio, Thomas Love Peacock, Thomas Jefferson y Mr. Lincoln. Y también somos Mateo, Marco, Lucas y Juan”.

Ante el acoso y la destrucción del libro, estos seres se dan a la tarea de memorizar el mayor número posible de escritos (y se vuelven ellos sobrecubiertas, los forros que contienen a la letra), a la espera de tiempos mejores en que sea posible llevarlos de nuevo al papel.

Distingue Pedro Salinas entre lectores y *leedores*. Uno, el leedor, está apurado, busca in-

formación rápida; el otro quiere saber, necesita entender la vida a su ritmo. Posiblemente lo que ocurra es que internet forma lectores, ágiles navegantes en la carretera de la información, pero no lectores, por lo que no debe considerarse a una actividad como sustituta de la otra: ¿por qué no internet y libros, es decir: ambas cosas a la vez?

Leedor, describe Salinas, es el estudiante que se desoja en víspera de examen sobre el libro de texto; es el profesor que trasnocha ante tratados, acopiando datos para su lección; la matrona que, parada junto al fogón, recita en voz alta las instrucciones coquinarias que conducen al succulento plato; el funcionario en retiro que demanda a las páginas del libro la mejor manera de invertir sus ahorros; o la dama, muy cursada ya en la treintena, que se retira al secreto de su tocador y corre renglón tras renglón en procura de experimentados avisos que le devuelvan sus gracias fugitivas...

Todos ellos y mil más, asegura Pedro Salinas en *El defensor*, “no pasan de ser leedores”, porque no leen los libros sino los revisan, y obtienen de ellos datos útiles.

También son leedores, asegura, quienes emplean su tiempo en los diarios. Y cita, como apoyo, estas líneas del divulgador chino Lin Yu Tang: “Yo no llamo lectura, en absoluto, a la enorme cantidad de tiempo que se gasta en leer los periódicos”. Y serán leedores, definitivamente para Salinas, los aficionados a los muñequitos, es decir al cómic... Que era, por otro lado, un modo de expresión en crecimiento y se convirtió, con el avance del siglo, en sorprendentes “novelas gráficas”, cosa que este Salinas, fallecido en su exilio en Boston a principios de los años cincuenta, ya no pudo ver; por lo que acaso habría tenido que modificar su alegato en contra de las historietas: “Comparo al aficionado a los *muñequitos* al denodado masticante de chicle, por cuanto ambos no ahorran esfuerzo ni tiempo en sendas operaciones que parecen las dos dirigidas al noble menester de la nutrición, ya corporal, ya

del espíritu; cuando en realidad nada de provecho pasa al estómago del uno ni a la cabeza del otro, y los dos se hermanan en su posible comparanza con el desdichado animal que voltea y voltea la noria, sin que le importe que el pozo esté seco.”

Más adelante en su tomo ensayístico llamará al lector de otra manera: analfabeto impuro o neoanalfabeto, definiéndolo como aquel que “libertado del tártaro del no saber leer no ha ascendido a las claras esferas del leer y se columpia como el alma de Garibay por los limbos intermedios”.

Las escuelas, por lo mismo, convierten a un analfabeto en neoanalfabeto, porque adquiere la capacidad de leer pero no la ejerce. Si un gobierno presume haber reducido el número de analfabetos no es garantía de mucho pues el asunto del qué va a leer no está resuelto, por lo que el poeta pide que se dé a la lucha contra el analfabetismo una nueva gravedad.

Percibe Salinas la era moderna como un pacto infernal propuesto a los humanos por el demonio de las imágenes: “Entrégame tu facultad de leer, y yo, en canje, te colmaré de seductoras estampas en negro o en color, paradas o en movimiento; que ésa es la vida de verdad, vista con tus ojos y no interpretada a través de los embebecos de la letra”.

En cierta forma esto se ha cumplido en tanto que el mundo gira alrededor de monitores y pantallas (como lo vislumbró Bradbury en los mismos años cincuenta del siglo pasado), e incluso en diarios y revistas se busca reducir la palabra impresa a su mínima expresión, por supuestas nuevas tendencias del diseño gráfico que tienen como estandarte esa leyenda falaz del neoanalfabetismo, según la cual una imagen dice más que mil palabras... Una imagen, sí, puede tener un efecto más profundo y, por lo mismo, es una mejor herramienta para la manipulación, de ahí que los poderes alienten los medios visuales por su propiedad hipnótica, aletargante; de ahí que Hollywood seduzca con el poder visual y sonoro (pantallas ampliadas,

sonido *dolby*), y ataque una y otra vez con la fuerza de la propaganda. Aunque el fenómeno cinematográfico no es reductible a la gran industria: hay toscos manipuladores de imagen como Steven Spielberg o George Lucas pero también artistas excepcionales como Andrei Tarkovsky o Ingmar Bergman.

Se forjan lectores o analfabetos impuros o neanalfabetos... no lectores que, junto con el libro, son minoría o especies en peligro de extinción.

Define Salinas al lector del modo más simple: es el que lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estar con él horas y horas; por recreo de pasarse las tardes sintiendo correr, acompasados, los versos del libro y las ondas del río en cuya margen se recuesta. "Ningún ánimo, en él, de sacar de lo que está leyendo ganancia material, ascensos, dineros, noticias concretas que lo aúpen en la social escala, nada que esté más allá del libro mismo y de su mundo."

Y recuerda, a propósito, el poema "Aurora Leigh" de la poeta inglesa del siglo XIX Elizabeth Barrett Browning, "breve tratadillo en verso de la ética lectora", que en algún momento dice: "Atiéndeme. Ningún bien se obtiene/ de no ser generoso, ni siquiera con un libro,/ y calcular las ganancias: tanta ayuda ganada/ por tanto leído. No; es cuando nos olvidamos/ espléndidamente de nosotros mismos y nos lanzamos/ con el alma de cabeza en las honduras de un libro,/ seducidos por su belleza y su sabor a verdad,/ cuando de él sacamos el bien bueno".

Habría que desandar un poco el camino y regresar al punto de partida, en donde un comercial televisivo desterraba a las bibliotecas caseiras por el beneficio instantáneo de internet que, según el mismo anuncio, pone "toda la información y el conocimiento del mundo en nuestras manos". Se creó, así, una circunstancia práctica: ¿cómo deshacerse de esos libros ahora arcaicos que están lejos de contenerlo "todo"? ¿qué hacer con ellos si no sirven más?, ¿llevarlos a



librerías de viejo o intentar, previos permisos gubernamentales, ceremonias de quema a la manera de *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury?

A esta referencia literaria casual (fuera de tiempo, pues a partir de aquí cada cita debía provenir no de impresos sino de "sitios" de la red) se sumó otra: *El defensor*, del español Pedro Salinas, ensayo escrito más o menos en los mismos años que la novela de ciencia ficción, y con temores afines en cuanto a la amenaza al libro por el orbe de las imágenes. Es curioso o trágico pensarlo, pero *El defensor* no tuvo quien lo defendiera: sufrió la suerte de la destrucción al imprimirse en Colombia en 1948 en los días del "bogotazo" para aparecer oficialmente hasta seis años después, en 1954, cuando Pedro Salinas (1891-1951) había ya abandonado el mundo.

Lo insólito es cómo dos obras casi gemelas en cuanto a impulso y época, al grado de que podrían intercambiar sus títulos, aunque

de geografías y culturas diversas, tienden a encontrarse –o reencontrarse, ya que es posible que esta asociación Bradbury-Salinas haya sido señalada antes–; y es insólito además que luego de medio siglo sus inquietudes se vuelvan contemporáneas.

Para Bradbury, una humanidad despojada de libros tiende a la desdicha porque renuncia a la memoria. Faber, uno de los personajes de la novela, asegura: “Los libros están para recordarnos lo tontos y estúpidos que somos. Son la guardia pretoriana de César, susurrando mientras tiene lugar el desfile por la avenida: ‘Recuerda, César, que eres mortal’”. Lo que se complementa con este pensamiento antes citado de Guy Montag, el protagonista: “Quizá los libros puedan sacarnos a medias del agujero. Tal vez *podieran* impedirnos que cometiéramos los mismos funestos errores”. (Apunta, a propósito, George Steiner en *Los logócratas* que los libros “son nuestra contraseña para llegar a ser lo que somos”).

En *El defensor*, Pedro Salinas imagina un país que renuncia al lenguaje escrito, eliminando los libros y el material de escritorio al declarar artículos nocivos las plumas estilográficas, las máquinas de escribir y el papel. Se diría que piensa en *Fahrenheit 451*, una novela entonces ni siquiera imaginada. En esa fantasía –expuesta en el ensayo–, la gente viviría en apariencia casi como nosotros, y en el haz de los hechos diarios apenas se advertiría cambio alguno: “Y sin embargo, esa generación rompería casi totalmente su doble vínculo con el pasado y el porvenir. Prescindir de los libros sería obliterar en las almas la conciencia clara de la pertenencia a lo histórico. Olvidarse de la escritura, condenarse a la desaparición en la memoria del futuro, aceptar la simultaneidad de muerte material y muerte espiritual”.

Al no dejar tras de sí constancia escrita de lo que sentía, lo que quería, de lo que hizo, es decir, de su vivir peculiar –sigue Pedro Salinas–, esa curiosa generación hipotética se hundiría, apenas acabada materialmente, en lo incógni-

to. “Y sus afanes, sus acciones, quedarían por la mayor parte reducidos a un puro trazo de sus idas y venidas, sobre la arena, pronto borrado; a unos ademanes dibujados en el aire de unos años e idos con el aire mismo.”

Ambos, Ray Bradbury y Pedro Salinas, se asomaban a un futuro posible; luego de cinco décadas, se pregunta uno, ¿qué ha sido de esos fantasmas?, ¿está el libro, en efecto, en proceso de extinción?, ¿se vive bajo el imperio de la imagen?, ¿hemos convertido a los seres que pueblan los monitores y las pantallas en “familia”, en tanto que asumimos sus experiencias como propias y nos preocupamos por su bienestar más que por el nuestro o el de la gente en verdad cercana a nosotros?, ¿son la televisión y el cine espacios que se emplean mayoritariamente para fines comerciales, narcóticos o propagandísticos?, ¿está el mundo habitado por neoanalfabetos, lectores y no lectores, consumidores de información rápida y no amorosos degustadores de obras literarias?

Una de las posibles definiciones del asombro es que nos deja sin palabras, y es algo que procuran los poderes y la modernidad: que lo visual arrebate, que parezca decirlo todo para que así nos quedemos literalmente mudos. Apunta, al respecto, Pedro Salinas: “En este zozobrar del lenguaje, lo que se iría a pique con él sería el alma humana, libre, espontánea, dejando sólo a flote un coro de reacciones mecánicas regimientadas, de muñecos vacíos, ya felices, porque como no tienen nada que decir, no hay por qué molestarse con las complicaciones del decir”.

La vida es inmediata en la ficción de Bradbury, el empleo cuenta, el placer lo domina todo después del trabajo. “¿Por qué aprender algo, excepto apretar botones, enchufar conmutadores, encajar tornillos y tuercas?”

Se vuelve así a la pregunta inicial, esa que planteaba de modo cándido un comercial televisivo de amplia difusión, nuevo manifiesto del analfabetismo espiritual: ¿para qué tener libros en casa si ya existe internet? **B**